

Luis Sánchez-Merlo

Nadie está obligado a lo imposible

Es principio general en derecho podría ser el soporte de la actitud de Mariano Rajoy desde que en septiembre de 2012 el círculo soberanista más cercano al presidente le convenció de que muchos de los que aparentemente querían la secesión en Catalunya no admitirían fácilmente marcha atrás en el proceso iniciado.

Eso es, más o menos, lo que dijo el jefe del Gobierno en los Teatros del Canal, que regenta el autoconfinado Albert Boadella, con motivo del foro sobre *La España necesaria*, organizado por Unidad Editorial y en presencia de una parte de la élite económica de la capital y un puñado de barandas de la nomenclatura popular. El inescrutable Rajoy lanzaba el siguiente aviso a críticos: "Una cosa es opinar y otra muy distinta tomar decisiones, como cuando, en un cuarto de hora, acepté la propuesta de Zapatero para reformar la Constitución".

Pero también Artur Mas -héroe o villano- vive atrapado en un dilema, y sin margen de maniobra para la transacción, se vio obligado a exigir al jefe del Gobierno un concierto económico y, después de este, un referéndum para que los catalanes pudiesen pronunciarse sobre la independencia. Y así, el presidente de la Generalitat se ha ido adentrando en un camino en el que ha calentado el ánimo de los catalanes que abogan por la independencia frente a los que no la quieren. Y lo ha hecho pasando por alto que en el seguimiento de la "hoja de ruta" él mismo y sus subordinados podrían estar incurriendo en numerosos ilícitos penales.

Esto ha terminado colocando a Rajoy entre la espada de quienes opinan que hay que seguir transfiriendo fondos del FLA a los ciudadanos de Catalunya, para que no se hunda el sistema (49.000 millones de euros en los últimos tres años) y la pared de los que rezongan porque los contribuyentes están sufragando, con sus impuestos, las estructuras del "nuevo Estado catalán", embajadas incluidas.

La prueba del abandono en la gestión de gobierno: las farmacias y las clínicas privadas. El Govern asegura no disponer de fondos para cubrir los millones de euros que adeuda, 300 a los farmacéuticos y los 450 a las clínicas, pero esto no es ninguna novedad, ya que desde el principio de la legisla-

tura era consciente de que no podría hacer frente a las deudas que vencían ni pagar las nóminas de los funcionarios.

La Generalitat ha concentrado sus energías en desplegar iniciativas contrarias a la Constitución, el Parlament ha aprobado el inicio de la separación, el Tribunal Constitucional -a instancias del Gobierno- ha suspendido ese acuerdo, y por segunda vez ha sido rechazada la candidatura de Mas a la presidencia del Ejecutivo.

Estamos ante lo que los filósofos llaman una aporía y los lógicos una paradoja -de las que sólo se sale por un acto de imposición violenta-, que es lo que Adorno y Horkheimer definen como "realidad



OSCAR ASTROMUJOFF

última" en *Dialéctica de la Ilustración*.

¿De quién es la culpa? ¿Cómo se ha podido llegar hasta aquí? ¿Qué va a pasar? Unos sostienen que ni el Gobierno de España ni sus partidos políticos son responsables de lo que ocurre en Catalunya: escándalos, ruptura de la coalición de gobierno, desaparición del catalanismo moderado e integrador, entrega del gobierno en manos de un partido antisistema... Los que discrepan invocan la culpa *in vigilando*: porque no se han tomado las medidas políticas necesarias ante una crisis que se ha larvado a cámara lenta y a la vista de todos; y rematan: "Sin la aquiescencia que se deriva de la

pasividad no se habría alcanzado el extremo de violencia antisistema actual". Esto es discutible.

Al margen del careo, parece claro que hay un número elevado de catalanes que aspiran a la segregación o a algo parecido. Su postura es legítima porque cualquiera puede desear una evolución de las estructuras políticas del Estado sin ser por ello acreedor de crítica alguna y porque, al ser tantos, no tiene sentido acusarles de carencia de legitimidad; su número es legítimo y, además, en las modernas democracias occidentales, las necesidades y aspiraciones de las minorías deben ser también atendidas, en la medida de lo posible.

El jefe del Ejecutivo, reconfortado tras las reuniones con partidos, empresarios y sindicatos, insiste en el mantra de la prudencia y proporcionalidad -lo cual es encomiable porque destila una flemma necesaria- y busca compañía estable para un consenso básico en torno a cuatro ejes: la unidad de España, la soberanía del pueblo español, la igualdad de los españoles y el respeto a la ley.

Rajoy, al que no le queda otra que respetar la Constitución, no ve la reforma como perentoria, y esta se complica por la convivencia de posturas antagónicas: unos pretenden una reforma a fondo, otros patrocinan una reforma federal -que se muestran incapaces de explicar- y algunos más estarían dispuestos a discutir una reforma sobre la base del consenso.

Si bien es cierto que nadie puede hacer lo que no es posible, reformar la Constitución para resolver sus posibles desajustes sí que parece posible. Entre norma escrita y realidad social, resulta absurdo pretender que se actúe sobre la realidad social y no sobre la norma.

Pero ¿realmente es eso suficiente? ¿Hay alguien que pueda garantizar que una reforma de la Constitución bastaría para lograr esa convergencia? Me temo que no. Se precisa acción política y liderazgo para acercar la realidad social a un gran pacto de Estado que sea válido para todos, como resultado de un consenso alcanzado por la mayoría. La reforma de la norma, por sí sola, me parece insuficiente.

Mientras tanto, la bolsa no ha parpadeado con la declaración y Rajoy, que no evidencia cansancio, anda inmerso en la gestión de la *realidad última*. ●

Pilar Rahola



El germen

Mejor teoría lo relaciona con la falta de Estado propio. Aunque Catalunya quedó destrozada después del atropello del decreto de Nueva Planta, que fue sistemático en la demolición de todos los cimientos de la soberanía catalana, nunca perdió su conciencia de nación. Pero esa rebeldía, forjada en tres siglos persistentes en la voluntad de destruir su identidad, derivó en un fuerte sentimiento libertario, siempre desconfiado ante el concepto de autoridad. La autoridad era tan ajena a nuestra sociedad y resultaba tan represiva que el sentimiento catalán se transmutó en confrontación al orden establecido. No olvidemos que sólo en el siglo XIX hubo tres bombardeos de Barcelona, y en el XX, dos dictaduras y una guerra. Y todo aliado con persecuciones, prohibiciones, cárcel, exilio... La historia de la relación entre Catalunya y España es, sin duda, una historia sobrecargada de negro. Si cabe buscar, pues, el germen libertario que anida en el alma catalana, tiene que ver con esa autoridad ajena y represiva que difícilmente podía sentirse como propia.

También anidó el germen de la división. El *divide et impera* romano, que

Son más importantes las peleas y el chiringuito de cada cual que la batalla que tenemos en la trinchera

tan sabiamente teorizó Lerroux y ha recordado ese otro gran intelectual llamado Aznar, cuajó en las luchas y reivindicaciones del pueblo catalán, alejado del sentido de Estado que toda nación debe tener. Y ahí estamos desde entonces, encadenados a la ruleta de nuestra división eterna, subiendo la piedra de Sísifo una vez y otra, incapaces de sumar fuerzas e ir a la par. Si hacemos la comparativa con sociedades cercanas, es evidente que ante momentos trascendentes las divisiones se superan con rapidez. Como ejemplo, el propio de España, cuyos partidos pueden pelearse por todo menos por los intereses del propio Estado. Y como ejemplo aún más rotundo, el Partido Comunista francés, gobernando con De Gaulle cuando el momento histórico lo exigió. En Catalunya, muy al contrario, nos encanta mostrar nuestras diferencias justo en los momentos en que la historia nos pone a prueba, y nunca fallamos: siempre son más importantes las peleas internas y el chiringuito de cada cual que la enorme batalla que tenemos en la trinchera. Lo que ahora está ocurriendo es desconcertante para muchos, y sin embargo es muy viejo. Se repitió en los primeros intentos de articular opciones republicanas en la Renaixença, llevó al triunfo de Lerroux a principios del siglo XX, después de las peleas internas de la Solidaritat Catalana de Prat de la Riba, y no hace falta recordar los líos de ERC con la FAI y otros en 1934.

Para rematar, empezó la guerra y en Catalunya se dedicaron algunos a hacer la revolución. Siempre divididos en castas puras, incapaces de tener sentido de Estado. Remato con el propio Lerroux: "La gran fórmula para fortalecer la España imperial es hacer que se peleen entre ellos, olviden quiénes somos el enemigo y renieguen de su catalandad". Van ganando... ●

Eugenio M. Recio

Sobre la sostenibilidad

El año 2015 puede resultar clave en las estrategias de la ONU para eliminar la pobreza y garantizar un desarrollo sostenible global.

Por una parte, fue el año elegido como término para la realización de los objetivos de la Agenda 21, aprobada en el 1992 por 108 jefes de Estado y de Gobierno, convocados por la ONU para defender el medio ambiente y asegurar el desarrollo. Estos objetivos fueron más concretados en la cumbre del Milenio del año 2000, manteniéndose el mismo plazo del 2015 para alcanzarlos.

Dado el balance, más o menos discutible de los resultados conseguidos, en este mismo año se ha iniciado una nueva y más

ambiciosa estrategia que comenzó con las conferencias celebradas en enero y junio y culminó en la reunión de las Naciones Unidas en Nueva York, del 25 al 27 de septiembre, en la que se aprobó la Agenda 2030 para el desarrollo sostenible, que será complementada en la cumbre del clima (COP21), que se celebrará en París el 7 y 8 de diciembre. Esta cumbre tendrá la particularidad de pretender llegar a un acuerdo, jurídicamente obligatorio, sobre las emisiones de gases contaminantes en todo el mundo.

Las dos convenciones mencionadas recogen, en su contexto histórico, las experiencias del largo camino recorrido desde 1992 para aprender de sus fallos y garantizar una mayor eficacia. Por eso, además del compromiso que se espera conseguir en la cumbre de París, los representantes

de los 193 países que aprobaron la Agenda 2030 se comprometieron a realizar los objetivos del proyecto global, que no había sido tan especificado hasta entonces. Y para garantizar su ejecución se dispondrá de medios financieros, acordados en la conferencia de Adís Abeba en julio del 2015, lo cual no ocurrió en la Agenda 21. Además, se estableció un mecanismo de evaluación para que todos los actores (estados, regiones e instituciones interestatales como la UE y otras organizaciones civiles) observen los progresos en la ejecución de los planes de sostenibilidad y puedan hacer recomendaciones, sirviendo de puente entre la política y la ciencia.

Con los planes aprobados este año se ofrece, por tanto, un camino hacia un futuro sostenible a pesar de las dificultades que, sin duda, habrá que superar. ●

E.M. RECIO, profesor del departamento de Economía de Esade Business and Law School